

## Itinerario de un criollo ilustrado

**Enrique Umaña Barragán: ciencia y política en la Nueva Granada**

JOSÉ ANTONIO AMAYA

Maremágnun, Bogotá, 2014, 104 pp.

EL PROFESOR José Antonio Amaya es uno de los historiadores que más ha aportado al conocimiento de la vida y la obra de José Celestino Mutis (1732-1808) y de la empresa científica que lleva su impronta, la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. En esta oportunidad, el profesor presenta la biografía del criollo ilustrado Enrique Umaña Barragán (1771-1854), quien hasta ahora había ocupado un lugar secundario, eclipsado, dentro del grupo de criollos ilustrados neogranadinos en el cual sobresalían siempre otras figuras. La razón de este ensombrecimiento se halla, quizás, en una particularidad —política— de su trayectoria vital —sobre la cual el autor no ahonda en este libro, pero sí en otros de sus artículos como “Enrique Umaña Barragán (1771-1854): su conversión de presunto sedicioso en leal funcionario del rey (1794-1809)” —, relacionada con la serie de cargos que ocupó en la segunda mitad de su vida en la administración colonial y republicana, y durante su presunta fidelidad a la Corona, después de haber estado preso por “revolucionario”, debido a su participación en la conspiración de los Pasquines de 1794. Esta posterior lealtad a la Corona fue demostrada por varias personas conocidas suyas y con prestigio en la región, ante la condena a muerte que Morillo pronunció en su contra en 1816.

Apoiado en una múltiple y rica documentación (proveniente de la familia Umaña, del Archivo General de Indias, del Archivo General de la Nación, del Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, del Archivo de la Universidad del Rosario y de la Biblioteca Nacional), el autor dibuja los principales momentos de la primera parte de la vida de Umaña, en 17 cortos capítulos. Para dar cuenta de esta obra, se realizará, en primer lugar, un sumarisimo relato de la vida del ilustrado neogranadino, luego se hará

énfasis en algunos aspectos claves del texto y se terminará señalando los que se consideran yerros o inadvertencias en la edición del libro.

Siguiendo un orden cronológico, el profesor Amaya parte de la exploración del ámbito familiar de donde provenía Umaña: familia de antiguos conquistadores, con una buena posición económica, adquirida, en parte, gracias a las actividades comerciales de los abuelos paternos, y cuyos miembros participaban intensamente en la vida social de poblaciones como San Gil o el Socorro. La familia Umaña llega a Santafé a mediados del siglo XVIII, en un momento de renacer económico, político y cultural de la capital del virreinato, y se instala en una casa de la distinguida Calle Real. Enrique nace en 1771 en Bojacá.

En 1774, sus abuelos compran la hacienda Tequendama, antes propiedad de la Compañía de Jesús, lo que daría más lustre, fortuna y prestancia económica a la familia Umaña. Esta adquisición permitió la integración de los Umaña a una compleja red de alianzas con los linajes notables del reino (p. 16). Allí pasó Enrique Umaña una parte de su infancia y allí, quizá, sugiere el autor, construyó su prístino interés por las ciencias, por la historia natural.

Enrique realiza sus estudios en el Colegio del Rosario, donde fue admitido en 1784, en calidad de “capista” (pagaba por su educación) y después de haber comprobado nobleza y limpieza de sangre. Permaneció en la institución durante diez años, formándose en jurisprudencia, teología y filosofía. Entretanto, Umaña también participaba en la tertulia que organizaba Antonio Nariño en Santafé desde 1789, El Arcano Sublime de la Filantropía, constituida fundamentalmente por criollos, hombres jóvenes de importantes familias neogranadinas —solo la tertulia de doña Manuela Sanz de Santamaría, El Buen Gusto, admitía mujeres—.

La participación en esta nueva forma de sociabilidad moderna que constituyeron las tertulias y la singular preocupación política que se presentaba en el grupo de Nariño vinieron a vigorizar el espíritu de Umaña, ya inquietado por los vientos de la Ilustración que habían aparecido temprano

en su vida familiar —especialmente, pero no solo, gracias a la influencia benéfica de su tío, sacerdote agustino—, y siguieron acompañándole en algunos momentos durante su educación, en medio de las grandes aspiraciones de renovación universitaria que había vivido en el Colegio del Rosario.

En la tertulia, el interés por las ciencias naturales era manifiesto, y su estudio era visto como determinante para el progreso del reino; aunque había un recelo frente a las reformas educativas que por esa época propuso la Corona para la instrucción en historia natural, se apoyaban en forma entusiasta los estudios que se hacían al respecto en el seno de esa gran institución ilustrada que fue la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. La tertulia de Nariño fue una especie de contrapeso a ciertos aspectos de la formación recibida por Umaña en el Rosario y contribuyó a forjar su carácter, poniéndolo en contacto con una serie de prácticas vinculadas con la sociabilidad, la disciplina autodidacta, el culto al libro, el rechazo al sistema educativo tradicional y quizás incluso con una postura crítica hacia el absolutismo, aunque esto último no se muestra de manera evidente en la obra (p. 43).

Uno de los acontecimientos que va a marcar en forma indeleble la vida de Umaña es la acusación —de la que fue objeto junto con Nariño y sus contertulios— de traidor de la Corona en 1794, por participar en la traducción, impresión e intento de difusión de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y por fijar en la ciudad de Santafé unos pasquines que las autoridades juzgaron como sediciosos. Nariño, Umaña y varios de sus compañeros fueron apresados y desterrados a Cádiz. A pesar de las penalidades de los primeros tiempos del destierro, en 1795 “se perfiló la posibilidad de que los ilustrados neogranadinos se beneficiaran de una influencia cultural imprevista en Europa” (p. 47).

A los condenados se les trató bien durante la reclusión, entre 1796 y 1799; se les permitió establecer relaciones de amistad, circular por la ciudad sin vigilancia y emplear el tiempo del día según sus deseos. Allí, Umaña y sus compañeros reafirmaron su vocación

RESEÑAS		HISTORIA
<p>por la historia natural, “trocando la deportación en viaje de estudios, con el apoyo de Mutis, Cavanilles y las autoridades metropolitanas”. Umaña y varios de sus compañeros asistieron durante este período al Colegio de Cirugía de Cádiz.</p> <p>Después de ser liberado, en 1799, Umaña se va a continuar su educación en el Real Estudio de Mineralogía de Madrid, y luego en el Institut de France, en París, ciudad en la cual logró cierto reconocimiento por su saber, de lo cual da testimonio su nombramiento como corresponsal del Conseil des Mines (p. 69). Al mismo tiempo, solicita al rey “dispensa” para recibirse de abogado, y con ese objetivo acudió al despacho de varios abogados madrileños donde realizó su práctica judicial, alcanzando el título en 1800.</p> <p>Mientras tanto, Francisco Antonio Zea escribía en París un proyecto para reformar la Expedición Botánica de la Nueva Granada, donde Umaña aparecía como director del área de mineralogía. Esta propuesta era clave para pensar en muchos puntos que inquietaban a los ilustrados neogranadinos en relación con el vínculo ciencia-progreso-riqueza: un modelo de agricultura y comercio fundado en las nuevas ciencias, construido en el seno de la Expedición; la necesidad de generalizar la instrucción pública de las ciencias, y de redefinir los vínculos de la Expedición con instituciones semejantes en la metrópoli, con el fin de remediar su aislamiento. El proyecto de reforma puso de relieve los roces y resquemores, los conflictos de poder que se presentaron en la Expedición entre varios de sus miembros, pero en esta especial circunstancia entre Mutis y Zea, Cabal y Umaña. Sin embargo, el nombramiento de Zea en el Jardín Botánico de Madrid deja en pura aspiración tal proyecto.</p> <p>Umaña regresa a Santafé en 1802, con una inmensa colección de libros, y se une a las labores de la Expedición un año después. Durante esta época, Umaña se empeñó en formar la mineralogía del Nuevo Reino, y mantuvo correspondencia con dos miembros del Instituto de Francia, el botánico Étienne-Pierre Ventenat —quien menciona a Umaña a menudo en su obra— y el mineralogista René-Just Haüy. El reconocimiento del cual era objeto</p>	<p>Umaña en Santafé se hizo visible en la invitación que recibió del Cabildo de la ciudad, en 1804, para que fundara y dirigiera una escuela de mineralogía, aunque no es posible saber si tal establecimiento fue creado.</p> <p>A partir de este momento de su vida, Umaña empieza a ocupar una serie de cargos, que van desde corregidor de Zipaquirá en 1808, y coronel del Regimiento de Milicias de Caballería de Zipaquirá y Ubaté (1810), hasta jefe político de Zipaquirá (1815). Cuando vino la “pacificación”, Morillo lo acusó de infidelidad a la Corona, condenándolo a muerte, pero los múltiples testimonios de vecinos españoles, notables eclesiásticos y civiles de la región lograron desestimar la acusación y la condena. Tiempo después fue dos veces alcalde de Bogotá (1819 y 1828) e intendente de Cundinamarca (1823-1826). Enrique Umaña muere a los 83 años, en su hacienda Tequendama (p. 89).</p> <p>La narración de la última parte de la existencia de Umaña es inesperada. Los años en los que desempeñó varios puestos en el gobierno colonial y luego en el republicano aparecen reseñados en una larga cita textual, construida cronológicamente, sin comentario alguno ni análisis, con lo cual no solo se quiebra la lectura fluida y amena que se venía disfrutando a lo largo del texto, sino que el relato culmina de una forma abrupta, desigual y repentina. Es claro que escribir una biografía no supone ocuparse de la vida del personaje desde el primer día hasta el último, y que cubrir la <i>totalidad</i> de la vida de una persona es una ilusión, como muestra Pierre Bourdieu a propósito de la biografía (“L’illusion biographique” en <i>Actes de la recherche en sciences sociales</i>, de 1986). No obstante, en este libro pudo haberse narrado el último tramo de la existencia de Umaña de una manera sintética y condensada, que no contrastara tanto con el resto de la obra.</p> <p>A lo largo del escrito, el autor pone de presente una serie de problemas significativos y sugestivos que no han sido objeto de un interés decidido por parte de la historiografía colombiana. Hay especialmente tres temas importantes. Primero, el estudio de la hacienda desde nuevos puntos de vista; no solo como unidad económica, productiva (de explotación), sino como</p>	<p>“laboratorio natural y social”, con la idea de explorarla como escenario donde se experimentaba y se estimulaba el conocimiento de la naturaleza en la época que se investiga. En segundo término, el autor muestra la necesidad de estudiar los ámbitos de sociabilidad de las élites, en especial las tertulias, tema sobre el que todavía son muy pocos los trabajos significativos.</p> <p>Y tercero, aunque no se haya llevado a cabo, un análisis más detenido del contenido científico y administrativo y de las implicaciones del “Proyecto de reorganización de la Expedición Botánica”, concebido por Francisco Antonio Zea (1766-1822), es imprescindible para conocer las distintas visiones que sobre la organización del trabajo científico se presentaban en el seno de la Expedición, con la idea de mostrar la complejidad del funcionamiento de un establecimiento semejante, las tensiones que allí subyacían, y la heterogeneidad de pensamiento presente en el grupo ilustrado neogranadino.</p> <p>En el mundo universitario, el valor de la biografía sigue siendo claro; es un género muy atractivo que, en este caso, permite la reconstitución de ciertos aspectos del universo de Umaña, un actor representativo de la élite ilustrada neogranadina, en una suerte de vaivén bien logrado entre la dimensión individual y la colectiva.</p> <p>Para terminar, es preciso señalar algunos problemas de edición de la obra: una caja muy estrecha, muchos espacios en blanco en las páginas dedicadas a las transcripciones documentales, notas a pie de página y bibliografía final sin alinear, insuficiente marcación de los números de los capítulos (y de los títulos). Pero hay un inconveniente que influye directamente en la lectura del libro: la presentación, en medio de varios capítulos del libro, de la transcripción de diferentes fuentes primarias, algunas muy extensas. Ello obstaculiza la lectura ágil del texto y altera sin motivo su diagramación; las transcripciones, sin duda cuidadosas, interesantes y provechosas para otros investigadores, podrían ir como anexos en la parte final del libro.</p> <p style="text-align: right;"><b>Adriana María Alzate Echeverri</b></p>